

(d)

SEXO EN NUEVA YORK O CÓMO SER SOLTERA Y NO MORIR EN EL INTENTO

M. ISABEL SANTAULÀRIA I CAPDEVILA
Universitat de Lleida

Desde que me he comprado el piso en mi pueblo, la gente no deja de preguntarme si mi madre, viuda desde hace unos años y que también vive en mi pueblo, se muda conmigo. La respuesta, es “no, claro” a la que el curioso vecino pone cara de “mmm, algo pasa aquí; ¿será que no se llevan bien?”; a veces incluso pregunta directamente y me veo obligada a explicar que no tengo ningún problema con mi madre, al menos ninguno tan grave como para tener que buscar cobijo fuera de su casa, pero es que ya tengo una edad y necesito vivir mi vida (por cortesía y recato nunca interpongo la palabra ‘sexual’) aunque sea –por cuestiones hipotecarias que no vienen al caso– en un piso a cinco escasos minutos del piso de mi madre. La gente escucha, pero la cara de “algo pasa” o “no entiendo” sigue allí. La reacción no dejaba de extrañarme hasta que se lo comenté a mi amiga Sara y me hizo dos sencillas preguntas: ¿cuánta gente vive en tu pueblo? (fácil, unos 1.200 habitantes) y ¿cuántas mujeres viven solas cuando su madre/padres viven en el pueblo y no están viudas o divorciadas, acaban de romper estrepitosamente con su novio o son solteras de toda la vida y viven en la misma casa que les vio nacer? (una y soy yo). He aquí la solución del puzzle. Las piezas encajan en su sitio y los porcentajes hablan por sí solos: un 1 por 1.200. Soy una rareza, al menos en mi pueblo. Quizás vivimos en una época post-feminista en la que está más que aceptado que una mujer puede trabajar en lo que quiere, puede llegar a ser Primer Ministro si se lo propone o incluso ser soldado. Hasta en mi pueblo lo saben y no se inmutan si una de sus convecinas es capaz de llevar una vida profesional completamente satisfactoria y ocupar puestos de trabajo que sólo unas décadas antes estaban en manos de los hombres. La promiscuidad, los hijos ilegítimos, los divorcios, los adulterios, el derecho de la mujer a cuidar y hacer lo que quiera con su cuerpo ... darán lugar a algún o muchos, según la “gravedad” del caso, comentarios malsanos pero no generan curiosidad hacia los motivos; la gente habla, claro, pero lo que no se pregunta en estos casos es “¿por qué?”. Aceptado, los tiempos han cambiado, las cosas ya no son lo que eran, las familias se desestructuran y se estructuran de nuevo en combinaciones que antes eran impensables. Así son las cosas. Punto final.

Parece que el post-feminismo, al menos en su fase “Poltergeist” en el sentido spielbergiano de la palabra, o sea “ya están aquí” –entiéndase, las que “están aquí” son las mujeres y no hay forma de pararlas– ha llegado hasta a mi pueblo. Pero tengo la sensación de que, en algún momento de su largo y avasallador recorrido, el feminismo, al menos en lo referente a la independencia de la mujer y la opción de vivir sola –tenga o no tenga pareja– ha pasado de largo no sólo de mi pueblo, sino también de las capitales españolas o de otros países, incluida la cosmopolita Nueva York, que se presenta al mundo como la ciudad de las excentricidades por excelencia. Si no que se lo pregunten a Carrie, Samantha, Charlotte y Miranda, las protagonistas de *Sexo en Nueva York*. Nadie pone en tela de juicio la importancia de tener a alguien con quien compartir su vida, ni tan siquiera yo. Pero la opción de la mujer a vivir sola, al igual que las limitaciones y problemas que genera la vida en pareja para la mujer, pocas veces se discuten o se aceptan en una sociedad en la que, irónicamente, y según las estadísticas, es posible que la mujer acabe viviendo sola en algún momento de su vida (le guste o no, quiera o no) y las separaciones y divorcios están a la orden del día. Nos siguen vendiendo el cuento de que el amor hace milagros, te salva, te hace mejor, te satisface, te hace feliz y, si no consigues o no quieres casarte o vivir en pareja, inmediatamente se da por sentado que no estás completa, te falta algo, no eres feliz, te sientes insatisfecha o, directamente, eres rara. Quizás ni pestañearía, y no estaría escribiendo este artículo, si la tan cacareada y, en muchos sectores, lograda igualdad fuera tal en este aspecto. Pero es que cuando se trata de los habitantes del planeta equipados con pene, la soltería y la opción de vivir solo no se pinta tan dramática como para las mujeres. O es dramática en el sentido romántico de la palabra. Un hombre solo, entiéndase soltero, es un *enfant terrible*, un casanova, un playboy, un alma atormentada, creativa o excéntrica. Pocas veces da lástima. Y yo me pregunto intrigada, ¿en qué momento de la evolución se extinguió el “solterón” o el “conco”? ¿Será que el “conco” de ayer se puede reconvertir en el “respetable hombre casado de hoy” comprándose una cubana, rumana, eslovaca...? ¿Le pasa lo mismo a la mujer que hace lo propio? Llegado este punto, incluso me pregunto si mi situación como fenómeno atípico sería más fácil de entender, que no aceptar, si fuera gay. Pero como no es el caso, en mi pueblo sigo siendo una excentricidad sin explicación aparente. Si no tengo pareja, ¿por qué vivo sola si mi madre vive a dos patadas de mi casa? ¿A qué viene este gasto inútil? Si la tengo, ¿por qué no vivo con mi pareja? Insisto, ¿a qué viene este gasto inútil?

Lo más preocupante es que, a veces, hasta yo misma me creo que mi situación es, cuanto menos, penosa. Y no hay para menos, ya que la cantidad de mensajes que nos llegan con versiones más o menos edulcoradas del cuento de la felicidad en pareja es apabullante. Desde las comedias de amor americanas, que casi siempre acaban en reunión amorosa y/o promesa de matrimonio, pero nunca van más allá, o lo hacen en raras ocasiones, y cuando lo hacen inmediatamente se convierten en drama (véase *American Beauty* o *Closer*); pasando por todo el espectro de

productos relacionados (telecomedias, culebrones o novela rosa); e incluso por la conocida como 'chick-lit', producto post-feminista por excelencia caracterizado por centrar sus argumentos en las historias, deseos, temores, relaciones, amistades, etc. de mujeres independientes que han alcanzado sus objetivos profesionales; todas ellas siguen defendiendo el ideario de que la felicidad para la mujer se consigue, sólo, en pareja. Éste es el caso de la serie de televisión *Allie McBeal* y las dos novelas de Helen Fielding y sus respectivas versiones cinematográficas protagonizadas por Bridget Jones. En ambos casos, las dos protagonistas, Allie y Bridget, viven en un estado de neurosis permanente, obsesionadas por la sequía amorosa que acompaña su vida profesional. En casi todos los ejemplos de 'chick-lit' se reproduce también "el efecto Rebeca" y es que, hasta en las historias aparentemente más liberales, la mujer sexualmente agresiva que no respeta la ley de la felicidad y la fidelidad conyugal paga un precio muy alto por su atrevimiento. En el caso de Rebeca, que da título a la novela de Daphne du Maurier de 1938 y su versión cinematográfica dirigida por Alfred Hitchcock en 1940, sus infidelidades milagrosamente se transmutan en cáncer y muerte accidental durante una discusión con su marido. Los castigos a los pendones verbeneros que pululan por las historias post-feministas actuales son un poco más sutiles que los que reciben las "malas" en narrativas abiertamente reaccionarias –como es el caso de la mencionada Rebeca o el de Alex Forrest (interpretada por Glenn Close) en *Atracción fatal* o Meredith Johnson (interpretada por Demi Moore) en *Acoso*. Sin embargo, el perdono sigue condenando a las mujeres al exilio de lo socialmente inaceptable. En la popular novela de Marian Keyes, por ejemplo, *Sushi para principiantes*, el éxito de las tres protagonistas se mide por su capacidad de encontrar novio en el caso de Ashling y retener o recuperar al marido en el caso de Lisa y Clodagh. Ashling y Lisa, de hecho, viven en estado de depresión galopante hasta que sus respectivos príncipes azules las rescatan. Clodagh comete el error de sacrificar al suyo –su perfecto marido– cuando se lleva a la cama al impresentable Marcus para escapar del aburrimiento de la domesticidad y del caos, no siempre satisfactorio, de la maternidad. El error le cuesta el marido, la casa de sus sueños, y la amistad de su mejor amiga.

Por si las tendencias generalizadas en la ficción a presentar la vida en pareja como la panacea de la felicidad (sin posibilidad de albergar dudas razonables al respecto), a retratar a las solteras (o separadas) como patéticas (o, lo que es lo mismo, solteronas), y a machacar sin piedad a las mujeres demasiado liberadas, no fueran suficientemente perniciosas, tenemos que vivir también con un doble discurso sobre la liberación de la mujer que es, en mi opinión, sumamente nocivo y hasta mortalmente tóxico. Las mujeres de la generación anterior a la nuestra quizás lo tenían peor, pero, al menos, lo tenían claro. Sus prioridades venían definidas por el contrato social de la época y no tenían que plantearse qué modelo ponerse a la hora de definir su estilo de vida. Total, el perchero lucía una sola vestimenta y era un delantal. La mujer tenía que aspirar a ser ama de casa y apechugar con la maternidad y, conseguido este objetivo, satisfecha o no,

había cumplido con lo esperable y respetable y podía considerarse afortunada. Muchas de estas amas de casa, si se lo preguntan, se sienten traicionadas y a las historias de sus infortunios conyugales suelen añadir la coletilla, “si pudiera retroceder en el tiempo, elegiría otro camino y no me casaría”. Sin embargo, para las solteras de hoy, la elección de “otro camino” presupone abrazar la libertad de la soltería y la comodidad pecuniaria que conlleva la estabilidad e independencia laboral y, aún así, aprender a cohabitar con los sentimientos de culpa, lástima y desilusión si no hemos conseguido además poner un hombre en nuestra vida. ¿En qué quedamos? ¿Es nuestra capacidad de elegir real? ¿De qué nos sirve tener un trabajo que nos permite pagar casa y coche propios y utilizar la tarjeta de crédito a nuestro antojo si no tenemos a un hombre para que nos haga *realmente* felices, o al menos nos evite acabar en las mesas de los niños en las bodas, bautizos u otros eventos familiares? Sí, tenemos la suerte de poder optar por andar sobre tacones de aguja de veinte centímetros o botas muy fashion hasta las rodillas. Y, sí, se nos permite pisar fuerte por donde queremos. No obstante, no llevamos casco de protección por si caemos en el bache de la soltería y nos perdemos, tal hobbits desconcertados, en el vacío del abismo de la desesperación. En fin, la disyuntiva soltería versus matrimonio o vida en pareja convive con la percepción de que la soltería equivale a soledad o infelicidad y de este tándem diabólico nacen las mujeres desesperadas que, aún habiendo cumplido sus objetivos en la vida, sienten que no tienen nada si no complementan el vestido con un hombre a juego. Mientras tanto, las empresas farmacéuticas hacen su agosto y el Prozac es la droga recreativa de un alto porcentaje de féminas profesionales, liberadas, sexualmente activas y aparentemente realizadas. Definitivamente, el señor de los anillos no es sólo la obra de Tolkien, sino que también parece ser el objetivo vital de nuestras vidas de solteras y el protagonista invisible de un sinfín de cuentos de hadas contemporáneos que nos venden bajo la etiqueta de ficción post-feminista.

Incluso *Sexo en Nueva York*, en mi opinión una de las series más interesantes y atrevidas a la hora de retratar a la mujer soltera y hurgar en sus problemas, vicisitudes, frustraciones, sueños e ilusiones, acaba cayendo en la trampa del doble discurso en su sexta y última temporada. La serie, basada en los personajes de Candace Bushnell en su libro del mismo título publicado en 1996, empezó a emitirse el 6 de junio de 1998 en Estados Unidos y llegó a Canal + en nuestro país el 14 de mayo del 2000. Seguidamente pasó por Antena 3, cadena que ha re-emitido la serie durante este año a la intempestiva hora de las 2 de la madrugada. Aunque tuvo un éxito moderado en España cuando se emitió en cerrado por Canal +, *Sexo en Nueva York* pasó sin pena ni gloria por Antena 3, a lo que sin duda contribuyó la hora de emisión y, en cierta forma, la calidad del doblaje, que equivoca el tono de la serie y no siempre reproduce los inteligentes diálogos y juegos de palabras del original y hasta comete errores fatales en ocasiones –véase, por ejemplo, el episodio 3.12 en el que una de las protagonistas, Samantha, se liga al primo del prometido de otra de las protagonistas, Charlotte, el día de la boda de esta última; el primo en

cuestión, Caleb, tiene un exótico acento escocés que Samantha encuentra terriblemente sexy en el original; en el doblaje en español, Caleb se convierte en gangoso y se pierde la gracia y el sentido de la excitación de Samantha ante el parloteo de Caleb. En Estados Unidos, sin embargo, el éxito de la serie fue arrasador y, además de recibir numerosos premios, incluidos varios Emmys y Globos de Oro, se convirtió en fenómeno mediático, no sólo por la glamurosa presentación de sus protagonistas y de la ciudad en la que se emplaza la acción, Nueva York, sino también por los temas y debates tratados. *Sexo en Nueva York*, de hecho, llegó incluso a la revista *Time*, que consolidó el estatus de las protagonistas como iconos contemporáneos al retratarlas en la portada de su edición del 28 de agosto del 2000 con el llamativo titular “¿Quién necesita un marido?”. El último episodio de la serie, que consta de un total de 94 episodios, se emitió el 22 de febrero de 2004, después de seis temporadas de éxito sin interrupción.

Sexo en Nueva York es, sin duda, una serie refrescante que afronta con descaro y sin reparos la situación de la mujer de treinta-y-tantos que, superados los escollos de sus predecesoras históricas (las mujeres que a partir de los setenta lucharon para asentar la presencia de las féminas en la esfera laboral, acabar con discriminaciones sexistas y diluir las distinciones de género que determinan los roles sociales de la mujer y el hombre), ha relegado el matrimonio y la maternidad a un segundo plano para avanzar en su carrera y disfruta de la libertad y privilegios que le confieren su independencia y la estabilidad económica de la que goza. Las protagonistas, Carrie Bradshaw (Sarah Jessica Parker), Samantha Jones (Kim Cattrall), Charlotte York (Kristin Davis) y Miranda Hobbes (Cynthia Nixon), son mujeres poderosas e independientes. Carrie es una de las privilegiadas *glitterati* del panorama neoyorkino, *freelancer* del periódico ficticio *The New York Star* en el que publica la columna que da título a la serie y autora, en la quinta temporada, de un exitoso libro que compila algunos de sus artículos; Samantha dirige su propia empresa de relaciones públicas; Charlotte dirige una galería de arte; y Miranda trabaja para un bufete de abogados del que no tarda en convertirse en socia. Las cuatro tienen apartamento propio, amplio poder adquisitivo, un fondo de armario envidiable, y disfrutan de su sexualidad con total libertad. Cada una de ellas representa también un prototipo femenino y feminista con el que la audiencia, sobre todo las mujeres, se puede identificar: Carrie es independiente y atrevida, pero esencialmente romántica; Samantha no cree en el matrimonio y utiliza su poder, atractivo y experiencia sexual para conseguir lo que quiere (y lo que quiere, básicamente, es acostarse con quien le apetece sin tener que comprometerse); Charlotte postula que el movimiento de liberación de la mujer (como asevera en el episodio 4.7) tiene que ver con la posibilidad de elegir, y ella elige el matrimonio y, llegado el momento, dejar su trabajo para dedicarse a la maternidad; finalmente, Miranda es esencialmente cínica, orgullosa de su soltería y no cree en el amor ni en las convenciones sociales que relegan a la mujer a papeles domésticos.

El título de la serie no conduce a equívocos ya que el sexo es uno de los temas dominantes. Las cuatro protagonistas discuten sin hipocresías ni dobleces todo tipo de cuestiones relacionadas con el sexo y la sexualidad desde un punto de vista femenino, desde el tamaño (1.7) y forma (2.9) ideal del pene, hasta todo tipo de prácticas, tabúes y fetiches sexuales como son el sado-masoquismo (2.12), el sexo anal (1.4), el sexo oral (1.7, 5.4), la lluvia amarilla (3.2), el *ménage a trois* (4.17) o la bisexualidad (3.4). Sin embargo, el atractivo de la serie radica, sobre todo, en la valentía con la que desmonta los presupuestos patriarcales que han condicionado la vida de las mujeres desde tiempos inmemoriales y discute las necesidades, deseos y aspiraciones de la mujer de hoy en día en un contexto social en el que, supuestamente, la mujer no tiene por qué subordinar su vida a las necesidades, deseos y aspiraciones del hombre. En el terreno sexual, por ejemplo, las protagonistas se sitúan en una posición que, desde siempre, se ha considerado masculina, y reclaman su derecho a acostarse con quien quieren sin que, por prejuicios sexistas, sean consideradas unos putones o perseguidas como si fueran el monstruo de Follenstein (como dice Samantha cuando sus remilgados vecinos critican sus hábitos sexuales en el episodio 3.6). Samantha, sobre todo, se define, en el episodio 3.3, como “try-sexual” (juego de palabras que, en inglés, se traduce como alguien que lo probará todo, al menos una vez, en el terreno sexual) y, definitivamente, lo prueba todo con quien quiere simplemente por el hecho de que está disponible y aprovecha la ocasión. En el episodio 2.18, por ejemplo, se convierte en Pollicienta y se acuesta con un hombre armado con un pene de proporciones monstruosas para probar qué se siente. En la cuarta temporada, Samantha es coherente con su teoría del episodio 2.16 (en el que postula que, en el futuro, el mundo se convertirá en pan-sexual y no se tendrá en cuenta si uno se acuesta con un hombre o una mujer, sino con individuos, y lo único que importará es si son buenos en la cama o no) e incluso entabla una relación lesbiana con una pintora, María Diega Reyes (Sonia Braga). Carrie, por otro lado, se mueve por intereses más románticos y busca satisfacer sus necesidades emocionales, más que sexuales, cuando se acuesta con alguien. Sin embargo, no se corta un pelo a la hora de probar nuevas “sexperiencias”, sean las que sean y si le apetecen, como cuando, en el episodio 3.3, sale con un hombre, Sean, que definitivamente no va con ella ya que, tal como explica, algunos hombres son como los vestidos de DKNY: no son tu estilo, pero te los pruebas a ver qué tal te quedan.

Se acuesten con quien se acuesten, nuestras protagonistas además, buscan satisfacer sus propias necesidades y no sólo complacer a sus amantes. Por lo tanto, o plantan a aquellos que no están a la altura (como hace Samantha con uno de sus novios, James, que tiene un micro-pene que no la complace), o, directamente, instruyen a sus amantes en el arte del orgasmo femenino (como hace Miranda con uno de sus ligues, Josh, en el episodio 2.4, después de darle vueltas al asunto y despotricar contra el efecto del porno que lleva a los hombres a suponer que, sólo con montarse encima de la mujer, ésta consigue un orgasmo). El placer sexual, en

definitiva, no es negociable en la serie y las protagonistas consistentemente defienden su derecho a disfrutar del sexo tanto como los hombres, ya sea a base de relaciones consolidadas, de ligues de una noche o, si se da el caso, de artilugios que funcionan con pilas y a los que recurren sin vergüenza ni reparo cuando no hay un hombre a la vista en el panorama nocturno por el que frecuentemente deambulan. Miranda, por ejemplo, tiene su vibrador a mano en el cajón de su mesilla de noche; en el episodio 3.3, cuando Magda, la mujer que contrata para ayudarla en sus labores domésticas y que reiterada aunque sutilmente critica su estilo de vida, le esconde el vibrador, Miranda no duda en dejarle las cosas claras y le explica que es soltera, independiente, bebe café y le gustan los aparatos que funcionan con pilas. Los artilugios de Samantha no caben en un cajón y tiene un armario surtido de aparatos sexuales. Tampoco se avergüenza de utilizarlos; cuando uno que acaba de adquirir le sale defectuoso, inmediatamente se dirige a la tienda para reemplazarlo; y lo hace a voces, llamándolo por su nombre, aunque el remilgado dependiente insiste en que no es un consolador, sino un aparato para dar masajes en el cuello (5.6). Si bien es verdad que, tal como se queja Miranda en el episodio 2.1, las chicas (que no paran de hablar de sexo, pelotas, penes, ligues o novios) a veces parecen adolescentes con cuentas corrientes, se agradece la libertad y soltura con las que hablan de sexo y discuten sus placeres y limitaciones, llaman a las cosas por su nombre de forma desenfadada, y disfrutan de la lograda liberación sexual de la mujer en un panorama televisivo en el que el sexo se ignora, se edulcora y mitifica, o se trata como si fuera una ciencia oculta para adolescentes inexpertos o amas de casa insatisfechas en programas “educativos” que, por supuesto, se emiten, con premeditación y alevosía, a altas horas de la noche.

Aunque la vida sexual de las protagonistas es uno de los puntos fuertes de la serie, *Sexo en Nueva York* se centra, sobre todo, en otros aspectos significativos relacionados con la situación de la mujer profesional y liberada que, a sus treinta-y-tantos, es aún soltera y, por lo tanto, se encuentra en una situación considerada anómala en una sociedad en la que, como he subrayado al principio del artículo, se da por sentado que la felicidad de la mujer es directamente proporcional a su capacidad de encontrar pareja, tal como manda, nos guste o no, el contrato social. La serie, sin embargo, cuestiona este postulado y nos muestra, sin perder el tono de comedia que la caracteriza, pero sin trivializar, que el matrimonio o la vida en pareja no es ni el objetivo de toda mujer, ni la panacea de la felicidad. De hecho, la serie nos permite comprobar que el final de los cuentos de hadas, o sea, el “fueron felices para siempre”, se puede convertir, en ocasiones, en una rutina insoportable e incluso en una pesadilla. El caso de Lenny Berlin es significativo. Lenny es una antigua amiga de las chicas que, en su juventud, vivía dedicada a las juergas y correrías nocturnas. En el episodio 1.10, es una mujer aparentemente feliz, casada y embarazada de su primer hijo. En la reunión prenatal a la que asisten nuestras protagonistas, Lenny no sólo se dedica a alardear de su perfecto marido, de su casa y estilo de vida en general, sino que restriegas por la cara de las chicas su falta de

responsabilidad al vivir una vida de adolescencia perpetua. Unos días más tarde, la misma Lenny se presenta a una fiesta organizada por Samantha y revela el lado oscuro de su “perfecta” vida de casada. Lenny tiene lo que toda mujer, en teoría, espera conseguir. Sin embargo, no es feliz. Desolada, se pregunta, ¿dónde se fueron mis sueños? Las chicas no responden, pero las implicaciones son claras. Los sueños de Lenny se perdieron al cambiarlos por un ideal prefabricado que no siempre resulta gratificante. De las cuatro chicas, Charlotte es quien aprende más pronto y en su propia carne que el matrimonio no siempre garantiza la felicidad. En la tercera temporada, Charlotte encuentra, por fin, lo que ha estado buscando desde que era niña, cuando se ponía los pendientes de perlas de su madre y se dedicaba a mirar embelesada las perfectas parejas en sus perfectas casas fotografiadas en la revista *House & Garden*. Trey MacDougal (Kyle MacClachlan) es todo lo que Charlotte podía soñar: un cirujano respetable, acaudalado, atractivo y atento. Su vida de casada con Trey, sin embargo, queda lejos de lo que cabía esperar. Superados los problemas de impotencia de Trey y la resultante insatisfacción sexual de Charlotte en la tercera temporada, la pareja se enfrenta a las tensiones que genera la maternidad, o, en el caso de Charlotte, su incapacidad de quedar embarazada, en la cuarta temporada, tensiones que Trey es incapaz de soportar. En el episodio 4.14, Charlotte hace realidad su sueño infantil y consigue que su casa y marido aparezcan fotografiados en *House & Garden*. Muchas niñas mirarán la foto, cuenta Carrie en voz en *off*, y soñarán con el marido ideal y la casa perfecta. La realidad detrás de la foto es la parte que no verán, la parte que no sale retratada en las revistas. Después de la foto, Trey y Charlotte se divorcian.

Como en el caso de Charlotte, la convivencia en pareja no siempre satisface a Miranda o a Carrie. Miranda eventualmente acepta que Steve Brady (David Eigenberg), su novio, vaya a vivir con ella en la tercera temporada. Steve es realmente encantador, pero su encanto infantil no complace a la cínica Miranda. Cuando Steve sugiere que podrían tener un niño, Miranda se da cuenta de que, de hecho, ella ya lo tiene y es Steve, a quien Miranda se pasa el día cuidando o reprendiendo, lo que la obliga constantemente a adoptar un papel de “mami mala” con el que no se siente precisamente comfortable. Aunque siguen siendo amigos, la relación se rompe. Carrie, por otro lado, consigue al novio ideal, Aidan Shaw (John Corbett). La convivencia, sin embargo, resulta agobiante a ratos, sobre todo cuando Aidan se muda a vivir con ella y los problemas de espacio se hacen insoportables. Incluso cuando parece que la relación funciona después de un hiato de problemas e infidelidades, sus intereses no coinciden y son muchas las ocasiones en las que Carrie sale a divertirse dejando a Aidan en casa dedicado a sus aficiones: tele, cama y Kentucky Fried Chicken. Sus otras tres grandes relaciones en la serie sirven también para poner en evidencia que los conflictos de intereses no son llevaderos y, de hecho, conducen a la ruptura cuando el hombre no está dispuesto a adaptarse a las necesidades o deseos de la mujer: Big (Chris North) es su gran amor a lo largo de la serie, pero no está dispuesto a sacrificar su independencia y

no quiere comprometerse, al menos con ella; Jack Berger (Ron Livingston), su tercer novio después de fracasar con Big y Aidan, no puede soportar el éxito profesional de Carrie; Aleksandr Petrovsky (Mihail Baryshnikov), por el contrario, está orgulloso del éxito de Carrie, pero da mucha más importancia a su propia carrera artística que a la relación.

Si las relaciones son difíciles, la maternidad no se presenta tampoco como un lecho de rosas. En el marco del contrato social que rige nuestras vidas, se espera que la mujer, en algún momento y si puede ser más pronto que tarde, se convierta en madre ya que se da por sentado que la maternidad es el objetivo central de nuestras vidas. *Sexo en Nueva York* nos cuenta una historia diferente. Por un lado, la presión social hacia la maternidad se presenta como responsable de muchas de las tensiones y discusiones entre las parejas, sobre todo si la mujer siente que tiene que quedar embarazada y tiene problemas de fertilidad. El matrimonio de Charlotte y Trey, como he mencionado antes, acaba rompiéndose por este motivo. Sheila, una amiga casada de Miranda a la que ésta se encuentra por casualidad en la calle en el episodio 4.1, es víctima del mismo “infortunio” e intenta esconder su insatisfacción pretendiendo que la importancia de los niños para una pareja está sobre valorada. Por otro lado, la serie pone en tela de juicio tanto la idea de que toda mujer quiera convertirse en madre como que la maternidad sea plenamente satisfactoria. Carrie, Miranda y Samantha reconocen que no tienen instintos maternales. Miranda se queda embarazada de Steve y, aunque se plantea abortar, eventualmente decide tener a su hijo, Brady. La vida de Miranda cambia radicalmente en el momento en que el pequeño Brady entra en escena y son muchos los momentos en los que se encuentra abrumada intentando compaginar su trabajo y el bebé. En el episodio 5.6, Miranda se queja de que su vida es frustrante: se siente terrible, el bebé no para de llorar y no tiene ni tiempo para ducharse y menos para cortarse el pelo. A estos problemas, les siguen los sentimientos de culpabilidad de Miranda al darse cuenta de que su trabajo no le deja tiempo para estar con su hijo y se ve obligada a reducir su jornada laboral en el episodio 6.6. La maternidad no garantiza la felicidad en la serie y, aunque resulte gratificante a ratos, es también una responsabilidad y una tarea ardua y difícil que cambia la vida de quienes la “sufren”. En fin, tal como dice Miranda en el episodio 1.10 mucho antes de quedarse embarazada, la bruja de Hansel y Gretel es una incomprensible: se construye la casa de sus sueños y vienen los niños y empiezan a devorarla; no es extraño que la bruja decida comérselos.

Teniendo en cuenta los conflictos y tensiones que generan el matrimonio y la maternidad para la mujer, las protagonistas abrazan y defienden su derecho a la soltería y la independencia que conlleva sin miedo y sin ningún tipo de inhibición. Carrie, Samantha, Charlotte y Miranda son conscientes de que la mujer soltera es una anomalía social. Los hombres, se queja Miranda en el episodio 3.9, lo tienen fácil: un hombre sin dinero y sin casa es un buen partido simplemente por el hecho de ser soltero; una mujer con casa propia y un buen trabajo, si no está casada, es

una solterona y su situación se considera trágica. Sin embargo, las protagonistas, exceptuando Charlotte que tiene ideas más convencionales y aspira a casarse algún día, están orgullosas de su soltería y, hasta el final de la quinta temporada, son reticentes a negociar su libertad a cambio de un anillo. Cuando Carrie descubre que Aidan le ha comprado un anillo de compromiso, la reacción de Carrie es, en fin, vomitar en el episodio 4.12. Unos episodios más tarde, y después de que Carrie acepte la proposición de matrimonio de Aidan, se dirige con Miranda a una tienda de vestidos de novia para irse preparando para lo que le viene encima probándose el peor vestido del mercado nupcial. Su reacción no le deja lugar a dudas sobre qué tiene que hacer a continuación: tiene un ataque de pánico y su cuerpo es alérgico al vestido. En el mismo episodio (4.15), Carrie decide dejar a Aidan. Quizás el alegato más contundente en la serie a favor de la soltería lo encontramos en el episodio 6.9. Carrie y su amigo Stanford Blatch (Willie Garson) asisten a la reunión prenatal que celebran unos amigos (el matrimonio formado por Kyra y Chuck y sus hijos). Los asistentes tienen que descalzarse para entrar en la casa y dejar los zapatos en la entrada. Al final de la reunión, los zapatos de Carrie, unas fabulosas sandalias Manolo Blahnik, han desaparecido. Carrie decide pedir a Kyra que le reembolse el valor de los zapatos. Al oír el precio, Kyra le dice que ella tiene responsabilidades, hijos, una hipoteca; no puede pagar por el extravagante estilo de vida de Carrie. Carrie no está dispuesta a que Kyra critique sus decisiones y la trate como una irresponsable por no estar casada y por tener gustos caros, mientras que ella se ve obligada a celebrar las decisiones de Kyra, y gastarse una pasta en regalos, simplemente porque sus decisiones se adaptan a las convenciones (matrimonio, bautizos) que la sociedad sanciona y festeja. Después de preguntarse por qué nadie celebra la soltería, Carrie deja un mensaje en el contestador de Kyra en el que anuncia su boda con ella misma y que ha abierto una lista de boda en Manolo Blahnik. Kyra se dirige a la tienda y compra las sandalias de Carrie –el único objeto que ésta ha incluido en su “lista de soltera”.

El punto de partida de *Sexo en Nueva York* es que el romance ha desaparecido de la ciudad. Tal como explica Carrie en las palabras que abren el primer episodio de la serie, ya nadie tiene desayunos con diamantes y *affairs* para recordar; al contrario, tenemos desayunos de trabajo a las siete de la mañana y *affairs* que esperamos olvidar lo antes posible. Las historias románticas se presentan como mitos urbanos (episodio 2.8) que, al igual que los libros de auto-ayuda, nos sirven para sobrellevar la soltería con la esperanza de que, en algún lugar, hay alguien para nosotras. Está claro también para las protagonistas que el príncipe azul sólo existe en los cuentos de hadas y que no podemos esperar que un caballero andante nos rescate; al contrario, tenemos que usar nuestros propios recursos para apechugar con los problemas que nos acontecen y seguir con nuestras vidas; para algo somos mujeres autosuficientes. Tal como dice Miranda, si el príncipe azul no hubiera venido al rescate de Blancanieves, seguro que ésta no se hubiera quedado en su ataúd de cristal; se hubiera despertado, escupido la manzana, conseguido un buen

trabajo y un seguro médico, y comprado un bebé en el banco de esperma local. Las protagonistas también saben que los hombres no son el único repositorio donde reside nuestra felicidad y que el concepto de alma gemela (o la suposición de que necesitamos a un hombre que nos complemente) es nocivo ya que nos hace sentir que, si no encontramos a esta persona, vivimos incompletas e insatisfechas. Así pues, la serie promueve la fe en nosotras mismas y la amistad de nuestras amigas con las que siempre podemos contar –a diferencia de los hombres, quienes entienden la palabra “nosotros” como la relación entre “ellos y su polla” (episodio 2.12). Dicho esto, la serie no reniega de las relaciones sentimentales y nuestras chicas, a pesar de todo, buscan a su pareja ideal. Sin embargo, no se contentan con cualquier cosa simplemente por el hecho de llevar pantalones. Para estar a la altura del tipo de mujer que las protagonistas representan, el hombre tiene que evolucionar, aprender a aceptar el éxito de las chicas y comprometerse sin que por esto tenga necesariamente que convertirse en algún tipo de mutación de contornos confusos (como Stephen Baudine, la cita de Charlotte en el episodio 2.11, uno de los nuevos metrosexuales a los que Carrie define como un producto de la sobre-exposición a la moda, la cocina exótica, los musicales de Broadway y los muebles antiguos).

Sexo en Nueva York es, en definitiva, un alegato a la independencia de la mujer y una celebración de la soltería, sin renunciar al amor, en un contexto en el que la mujer soltera que disfruta de su sexualidad de forma libre y no se conforma con los roles sociales patriarcales es tratada como si fuera leprosa. Sin embargo, y como he apuntado, la serie acaba esgrimiendo, en la sexta temporada, un doble mensaje ante la soltería femenina que contradice el tono inicial de la serie, y acaba defendiendo la idea, no siempre cierta, de que nuestra felicidad depende de tener un hombre en nuestras vidas. En la primera temporada, Miranda se refiere a una conocida suya que, a los 41 años y después de una vida de citas continuas, no pudo conseguir más hombres, tuvo un colapso emocional, perdió su trabajo y acabó en Wisconsin viviendo con su madre. En la segunda temporada, después de comprarse su nuevo apartamento, la vecina de Miranda le informa sobre su anterior propietaria, una mujer de edad que murió sola en su piso y nadie se percató hasta pasadas unas semanas; cuando la encontraron, su gato se había comido la mitad de su cara. En la quinta temporada, Carrie decide salir sola un día, se pone a llover y entra en un bar; se sienta al lado de una mujer mayor de aspecto raro que le dice que Carrie le recuerda a ella misma en su juventud y luego le explica que, después de su última relación en el 82, pensó que saldría algo mejor, pero nunca pasó. Estas historias funcionan como moralejas sobre el destino que espera a las mujeres que no consiguen pareja y las protagonistas se ríen de ellas. Sin embargo, en la sexta temporada, las chicas, que ya se acercan peligrosamente a los cuarenta y, en el caso de Samantha, los superan con creces, no están tan dispuestas a reírse de un posible destino de soltería y, por supuesto, soledad. Después de presenciar la muerte de Lexi Featherstone, una “party-girl” que, a los cuarenta y sin pareja, está fuera de lugar en las fiestas a las que asiste, y que, por cierto,

se cae al vacío accidentalmente en una de estas fiestas, Carrie se da cuenta de que, en Nueva York, si eres soltera a partir de una cierta edad, el único camino a seguir es hacia abajo.

En su sexta temporada, la soltería deja de ser una opción aceptable en *Sexo en Nueva York*. El señor de los anillos *ex machina* aparece para salvar a las protagonistas de un futuro de soledad y desolación. Miranda se casa con Steve, acepta mudarse a Brooklyn y apechuga con la madre de Steve, que sufre demencia senil. Charlotte se casa, por fin, después de convertirse al judaísmo para la ocasión, con Harry Goldenblatt (Evan Handler), el abogado que llevó su divorcio con Trey, y adoptan a una niña china, además de a una perrita, Elizabeth Taylor, y su prole. Incluso la devoradora de hombres por excelencia, Samantha, decide rendirse a los encantos de su joven amante, Smith Jerrod (Jason Lewis), y, después de vencer un cáncer-castigo con la ayuda de Smith, contrae la enfermedad que ha venido temiendo y evitando durante toda la serie: la monogamia. Y Carrie, después de un tórrido pero fallido romance con Aleksandr Petrovsky, es rescatada por su ideal romántico a lo largo de la serie, Big, quién si no, que acude, cual caballero andante y dispuesto a comprometerse, a buscar a Carrie a París y la devuelve a su entorno natural, Nueva York. La serie contempló cuatro finales alternativos para Carrie. El más edulcorado acababa en boda con Aleksandr. Otro final sugería que Big era el mismo Big de siempre, inasequible y con miedo a la intimidad, y seguían juntos pero en pisos separados. El más coherente con el carácter de Carrie y Big, sin embargo, era el que acababa con Carrie sola después de darse cuenta de que Big era incapaz de comprometerse, y pedía a sus tres amigas, tal como dice Big en el penúltimo episodio de la serie, sus verdaderos y únicos amores, que se casasen con ella.

En el episodio 5.2, Carrie está a punto de publicar su libro en el que compila algunos de sus mejores artículos, sus “investigaciones antropológicas” sobre comportamientos sexuales y el panorama de citas y amores en Nueva York. Sus editoras, Lily Martin y Courtney Masterson, le piden que escriba una introducción que establezca el tono del libro. ¿Optimista o pesimista? ¿Hay que tener fe en la posibilidad de encontrar el amor más allá de los treinta? Carrie se plantea cuál es el tono adecuado. Quizás, piensa, más allá de los treinta el optimismo no es una opción; pero decide que el tono será optimista. Definitivamente, el optimismo vende más. De acuerdo con el mercado y los índices de audiencia, que no con la filosofía inicial de la serie, *Sexo en Nueva York*, después de seis temporadas dedicadas a socavar prejuicios y percepciones sexistas frente a la soltería femenina y mostrar que la vida en pareja no siempre logra suplir las necesidades emocionales de las mujeres, opta por emparejar a las protagonistas y retrata la soltería como una opción que conduce al cinismo, la soledad y la amargura. Al final del día, y si volvemos al titular de la revista *Time*, la respuesta a la pregunta “¿Quién necesita un marido?” es, en fin, todas, aunque sea para ayudarnos a bajar o subir la cremallera de un vestido o para sostener nuestra mano cuando estamos deprimidas. La

Lectora 11 (2005)

(d)

ficción post-feminista no contempla aún, al menos *Sexo en Nueva York* no lo hace, la posibilidad de vivir sola y ser feliz. Las feministas de la segunda ola lucharon para conseguir que un buen trabajo y apartamento propio fueran objetivos prioritarios para la mujer. Hoy en día, conseguidos estos propósitos, seguimos estando insatisfechas y sintiéndonos socialmente inadecuadas si no tenemos también un marido, niños y un hogar. Así pues, sigo atrapada en la pregunta, ¿es nuestra capacidad de elegir real?

FILMOGRAFÍA

Acoso (Barry Levinson, 1994).

Allie McBeal (David E. Kelley, 1997-2002).

American Beauty (Sam Mendes, 1999).

Atracción fatal (Adrian Lín, 1987).

Bridget Jones: Sobreviviré (Beeban Kidron, 2004).

Bushnell, Candace. (1996) *Sex and the City*, London, Abacus, 1999.

Closer (Mike Nichols, 2004).

El diario de Bridget Jones (Sharon Maguire, 2001).

Rebeca (Alfred Hitchcock, 1940).

Sex and the City: Seasons 1-6 (Darren Star, 1998-2004).

BIBLIOGRAFÍA

Akass, Kim and Janet McCabe (eds.) (2004), *Reading Sex and the City*. London and New York, I.B. Tauris.

Cartmell, Deborah, I.Q. Hunter, Heidi Kaye and Imelda Whelehan (eds.) (1998), *Sisterhoods: Across the Literature / Media Divide*. London, Pluto Press.

Du Maurier, Daphne (1992), *Rebecca*. London, Arrow.

Innes, Sherrie A., (ed.) (2004), *Action Chicks: New Images of Tough Women in Popular Culture*. Houndmills, Basingstoke, Hampshire, England, Palgrave Macmillan.

Keys, Marian (2000), *Sushi for Beginners*. London, Penguin.

Macdonald, Myra (1995), *Representing Women: Myths of Femininity in Popular Media*, London, Arnold.

Pearce, Lynne and Jackie Stacey, (eds.) (1995), *Romance Revisited*. London, Lawrence and Wishart.

—— and Gina Wisker (eds.) (1998), *Fatal Attractions: Rescripting Romance in Contemporary Literature and Film*, London, Pluto Press.

Radstone, Susannah, (ed.) (1988), *Sweet Dreams: Sexuality, Gender and Popular Fiction*, London, Lawrence & Wishart.

Whelehan, Imelda (2000), *Overloaded: Popular Culture and the Future of Feminism*. London, The Women's Press.

—— (2005), *The Feminist Bestseller: From Sex and the Single Girl to Sex and the City*, London, Palgrave Macmillan.